MICHELLE SUÁREZ

Suárez, Michelle Celeste.
La señora de las lágrimas. 1ª ed.
Reina Pagana. *Colección Heterónimas*.
La Plata, Provincia de Buenos Aires, 2019.

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Cuentos.
I. Título.

© Tina Quintana, 2019
© Reina Pagana, 2019

Dirección: Tina Quintana
Arte de tapa: Tina Quintana

TETRONOMIKON

...y embebido en aquel furor,
sin advertirlo se iba deleitando
en la maldad de la pelea,
y embriagándose con tan sangriento deleite.
Confesiones, San Agustín (354-430)

Arturo Serrano conoció al juez Jorge Mansilla en su juventud, cuando éste era su profesor en la facultad de derecho. Serrano abandonó la carrera al tercer año, concluyendo que era inútil, y decidió dedicarse a la medicina porque su sueño desde chico había sido –irónicamente– salvar vidas. Poco después de recibirse recibió una oferta de su bien posicionado amigo, una oferta de trabajo. "¿Tiene que ver con la medicina?", preguntó con la ingenuidad ahora perdida que entonces lo caracterizaba.

Serrano se levantó de su cama y se fijó en la hora: 3:30 de la mañana, ni de noche ni de día. Prendió la luz que lo cegó por un momento, se sirvió un vaso de agua y prendió

el televisor. Estaban pasando un documental sobre la vida de algún cantante del que nunca había escuchado hablar. Sus inicios habían sido pintorescos: padres muertos, pobreza, drogadicción, repetido rechazo de las discográficas. Curva para arriba, después.

Salió al balcón y respiró. El cielo todavía estaba gris oscuro. Algunos departamentos tenían la luz prendida, otros no. Quizás hubiera otros insomnes, quizás no; probablemente tuvieran una vida, invitados, amigos y él ahí. ¿En qué podía pensar? Intentaba ahondar en sí mismo, pero no había más que un tope de cemento. Es que no era ni se consideraba una persona interesante: su mente no tenía escondrijos ni circunvalaciones ni callejones poco iluminados. No tenía una personalidad delimitada ni disfrutaba el pasar tiempo con otras personas. Su vida, en síntesis, no tenía ningún propósito.

Asqueado de sí mismo volvió a la cama. De alguna forma logró dormir cuatro horas más, y apenas fueron las nueve se hizo un café. Miró el noticiero y como siempre, ninguna tragedia lo afectó. En medio del conmovedor relato de un trasplante a corazón abierto su celular sonó: era Mansilla.

“Te veo en el bar del centro de siempre, tengo unas cosas que contarte.”

“¿Contarme?”

“Bueno, pedirte. Dale chiquito, se interceptan las llamadas.”

Serrano caminó hasta al bar del centro, un poco mareado y un tanto iracundo. Ya se estaba cansando de trabajar de sicario. Teniendo un título en medicina podía ejercer tranquilamente, y Mansilla podía llamar a cualquier otra persona para el trabajo sucio. ¿Por qué él? ¿El Gordo tenía un placer sádico en ver su caída moral, en verlo convertirse en un asesino por algunos mangos? Apenas pensaba en eso surgía otra voz en su interior, una voz femenina que decía: *¡Aceptalo forro! Aceptá que ahogaste a tu viejo en la pileta porque quisiste, y lo disfrutaste, y aunque Mansilla te haya hecho zafar de esa no tenés nada para devolverle… Matás por placer, HDP.*

Entró al bar. Media hora pasó hasta que llegó Mansilla, más ancho que largo. No estaba lejos de la obesidad mórbida y usaba muletas para caminar. Se veía más grotesco que nunca y Serrano no pudo evitar reparar en ello. Todo el tiempo en que había ignorado su fealdad estaba regresando en forma de lo opuesto, de una extrema sensibilidad hacia los gestos de

su jefe: cómo entraba la comida en su engordada boca, cómo masticaba con ruido, su barba tupida y sucia. Entonces no pudo evitar ir a vomitar al baño, no aguantaba más. Los hilitos de saliva colgaban como testimonio físico del asco.

Mientras que Serrano vomitaba, asqueado de Mansilla y de sí mismo, algo interesante ocurrió: el mismo Mansilla se había encontrado con su ex mujer, Ingrid, después de muchos años.

"Negra, vos todavía me amás, no traicionés lo que sentís."

"Dejame en paz", dijo ella. "No quiero tener que mudarme de ciudad, alejarme de mis nietos por vos."

Mansilla se rio. Era una risa carnívora, humillante y animal. Inmersa por completo en la repulsión y en la náusea ella vomitó allí mismo, sobre la mesa, y avergonzada –era una mujer muy fina– corrió al baño para seguir vomitando allí y de paso limpiarse. Luego de tanto vómito y tanto asco, Mansilla comprendió finalmente su soledad.

Cañuelas, 2010.

GÉMINIS

Caminé hasta llegar a una estación sin techo. Me subí al tren con destino a Buenos Aires y sentí cierto alivio aunque estaba más desconcertada que nunca. Si no estaba en otro mundo, si estaba viva, ¿qué había pasado? ¿Cómo había terminado en ese lugar? Miré por la ventanilla: vastos campos, vacas pastando, el sol cubierto por nubes blancas. El asiento estaba sucio.

Un niño que no aparentaba más de diez años se sentó a mi derecha. Vestía una boina gris y zapatos negros brillantes, parecía venido de otra época. Se evidenciaban cierta madurez e intensidad en sus gestos y en cómo vigilaba a su hermana todavía más chica, que estaba sentada en el asiento de atrás y lloraba en silencio. Eso me sorprendió; las nenas de esa edad suelen llorar escandalosamente, o por lo menos mi hija había sido así. Con un gran esfuerzo, ya que el muchachito me intimidaba, me atreví a balbucear: "¿Los puedo ayudar en algo?". Me sentí ridícula hasta que él decidió responderme que el desafío era vivir, no tomar el camino fácil. Esa respuesta

me estremeció y pasé el resto del viaje tensa, sin decir una palabra, con el único deseo de llegar a mi casa.

Llegué a Retiro a las siete de la tarde, me subí al primer taxi que vi y abrí la puerta de mi departamento. Apenas entré sentí que nada era familiar, lo cual me perturbó, así que busqué distraerme: prendí la televisión, puse música bien alta, pedí comida rápida. Llamé a conocidos de la oficina, padres de los amigos de mi hija, gente que ni siquiera era tan cercana a mí. No di ninguna excusa y nadie la pidió.

Vinieron once personas en total: tres amigos de la infancia, cuatro compañeros de la oficina, tres conocidos de las clases de danza contemporánea que había abandonado hacía un mes –el profesor me había dicho que no tenía confianza en mi cuerpo, frase que ayudó a hundirme más en la depresión– y un tal Florián, a quien había conocido haciendo macramé hacía un par de años, aunque no nos veíamos muy seguido. No tardó en armarse un murmullo desagradable; los grupitos de siempre interactuaban entre ellos, nada nuevo ni interesante se generaba. Y yo, ahí, dando vueltas como en un purgatorio.

“Les quiero contar a todos que me pasó algo muy raro”, declaré poco después de la medianoche.

No me lo esperaba, pero Florián confesó haber pasado por lo mismo: se había intentado suicidar hacía tres meses, también con pastillas, y despertó en un descampado antes de ver a los mismos hermanitos en el tren. Los otros invitados se escandalizaron, los eché y me quedé a solas con Florián.

“¿Y si nos matamos juntos?”, propuse.

Florián volvió de la cocina con un cuchillo, me lo clavó en el pecho y mi dolor atravesó el umbral de lo soportable. Podría decirse que agonicé innecesariamente, aunque no hay dolor que dure para siempre y así aparecí en el descampado una vez más, el descampado del pueblo de la estación de trenes. Lo primero que hice fue preguntarle a mi amigo si había hecho lo mismo.

“Por supuesto que sí.”

Lo más molesto que sentía en el cuerpo era una picazón en los muslos, quizás por las espigas. El cielo era tan blanco que deslumbraba. De repente tuve miedo, más que la vez anterior, y quise volver al mundo: Florián me contuvo como pudo, y quise besarlo pero me dijo que era gay.

Me metí en el primer almacén que divisé. Descubrí que el pueblo se llamaba Los Caciques. Pensé, de repente, que quizás la clave fuera matarse ahí una vez más, y así confirmar la decisión que en el mundo resulta muchas veces impulsiva y susceptible de imposibles arrepentimientos post-mortem. Entonces vi a los dos hermanitos.

"Ustedes dos están perdidos", dijo el nene, cargando con una bolsa de mandados.

Sin pensarlo lo seguí, desesperada, como si fuera un mesías que me iba a salvar. Florián no fue conmigo, se disparó con un arma arrebatada a un parroquiano y sus sesos quedaron derramados sobre las vigas de madera polvorienta.

Cañuelas, 2010.

HAZ

Hilario se aliviaba con el hecho de que la vivienda de Hugo, su hermano, fuera una de las mejorcitas del barrio. A diferencia de muchos de sus vecinos tenía piso de cemento y paredes de material. Las adquisiciones más recientes eran un retrato de San Expedito (¿desde cuándo creía Hugo en esas cosas?), y un televisor siempre prendido con el volumen al máximo del cual Fabiola, su mujer, no apartaba los ojos mientras que cortaba verduras maquinalmente.

A Hilario ella le caía como una patada al estómago y el sentimiento era recíproco. Mientras que él pensaba que ella era un "yiro" que no había hecho más que hundir a su hermano ella no entendía cómo era que él, dueño de una lotería, varios inmuebles y tres coches no los ayudara en lo más mínimo.

"¿Cómo va, cuña?"

"Acá andamos", había contestado ella sin siquiera mirarlo.

La mujer era de estatura tirando a baja y llevaba el pelo negro por los hombros. Tenía

facciones simétricas pero aun así le daba la impresión de ser una de las personas más horribles que él había visto en su vida.

Por lo que él sabía la mujer tenía unos treinta y tres años –siete menos que Hugo–, venía del Paraguay y había hundido a la familia en un mar de deudas, proceso que culminó con la venta de la casa familiar. "Espero que estés orgulloso por tu cambio de domicilio", le había dicho a su hermano al recibir la noticia de la mudanza al barrio. Fabiola lo tomó como una ofensa personal, lo cual su hermano le comunicó, Hilario respondió "por algo será", de lo cual ella también se enteró, y así siguieron adentrándose más en una espiral de broncas y resquemores.

Hilario forzó una sonrisa y apoyó la carne sobre la mesa. Iban a hacer un asado.

"¿Salió hace mucho mi hermano?"

"No, hace un rato. Le fue a pedir carbón a un vecino porque vos te olvidaste de traer."

Él prefirió no contestar. Después llegó Hugo con cara de nada, como siempre.

"¿Cómo andás, hermano? Traje carbón. Fabi, ¿cómo va la ensalada?"

"¡Mirá las cosas que preguntás! ¿Por qué tardaste tanto?"

“Vos viste cómo es el Kevin, te agarra confianza y no te larga más.”

“Bueno, mientras que no te agarre otra cosa...”

“¡Malpensada que sos!”

Hilario alzó una ceja y fue marchando hacia el patio.

“¿Malpensada? ¿Pensás que no me doy cuenta de cómo te mira el puto ese?”

“Por favor...”

“Por favor las pelotas.”

“No empecés ahora.”

“¡Empiezo todo lo que quiero, imbécil!”

“¿Qué dijiste?”

“Imbécil, eso dije, y te puedo decir mil cosas más. ¡Fracasado! ¡Inútil! ¡Patético!”

“Me voy a hacer la carne ahora”, dijo Hugo.

“A la mierda andate”, contestó ella, pero él la ignoró y siguió los pasos de su hermano.

Más alto lloraban los nenes y más alto sonaba el televisor e Hilario empezaba a enervarse. Hugo, mientras tanto, se frotaba las manos con los ojos cerrados. Siempre había sido un tipo callado, aunque a veces parecía que no hablaba porque no sabía qué decir.

“Tu mujer está muy mal”, dijo él, como si no fuera obvio.

“¿Qué querés decir?”

“Tiene celos del vecino, ya es el colmo. Jurame que no te pega.”

“Voy a estar bien, el que me preocupa sos vos... Estás demasiado solo.”

El frío rajaba. Hilario sintió unas tremendas ganas de estar de nuevo en su casa: sin embargo era mejor hacer el esfuerzo de visitar a Hugo antes que invitarlo a su departamento con esa mujer, que seguro le robaba algo, y someterse a que se fueran cuando quisieran.

“¿Qué tal la carne?”, dijo, por decir algo, una vez que se sentaron a la mesa.

“Rica, pero tardó”, dijo ella. “Digamos que me cagué de hambre. Si hubieras llegado más temprano...”

“Te pido disculpas”, dijo él, evitando el conflicto.

Ella tomó un frasco de mayonesa casi vacío y comenzó a hurgarlo con los dedos; figurósele, entonces, la imagen de una niña sin modales.

De pronto irrumpió en la casilla un joven harapiento como muchos de los que daban vueltas por el barrio. Tenía la mirada perdida, cortes en los brazos y marcas en la cara. Por un momento, Hilario tuvo miedo.

“¿Qué hacés vos acá?”, dijo Fabiola, saltando de su silla.

“¿Qué querés, pendejo? ¿Viniste a morfar?”, gritó Hugo.

Hilario lo miró con repugnancia por su reacción repentina.

“¿Qué mierda querés, joderme a mí? ¿Seguirme arruinando la vida?”, gritó ella, y le arrojó un plato de plástico que no lo alcanzó y golpeó la pared.

El chico caminó en silencio hacia la cocina y Hugo se abalanzó sobre él. Hilario sintió necesario intervenir pero se contuvo: tal vez fuera más cobarde que su hermano, después de todo. El chico, sin importarle los golpes, sonrió con la mirada fija en un punto que nadie veía hasta que un haz de luz entró por la ventana de la cocina, iluminando todo el ambiente, y dibujó un corazón sobre la mesa.

Cañuelas, 2011.

AZOTES SINTÉTICOS

Camino al Tigre empecé a cabecear, aturdido del sueño. Me despertó la vocecita de una nena que dijo "Abuela, ¿qué hacían en la era medieval con los deformes?". La señora le contestó que los encerraban en calabozos con las prostitutas y con los locos.

Debo admitir que yo era las tres cosas: me faltaba un dedo de nacimiento, había cogido por plata y padecía de ataques de pánico. La nena le preguntó a la abuela qué les hacían en los calabozos y la vieja empezó a darle un montón de detalles espeluznantes. Fue entonces que un hombre bajito me dirigió una mirada terrible, y no había sido la primera vez.

"Che", dije.

"¿Qué?"

"Te la pasaste todo el viaje mirándome mal."

Entonces se rio, empezó a reír cada vez más alto, y casi todos lo miraron sorprendidos.

"Yo te voy a decir una sola cosa, no sos nadie para hablarme así… Nadie."

Fue entonces que me tomé literalmente lo que me dijo y empecé a desvanecerme, a convertirme en nadie y en nada.

"Así me gusta."

La gente, horrorizada, gritaba: un hombre, yo, se estaba desmaterializando.

En la estación de San Isidro subió un mago de esos que hacen espectáculos y juntan monedas. Llevaba un viejo traje rojo y una corbata azul; también olía a ácido muriático. Declaró que él me había desaparecido y un empleado de vigilancia llamó a la policía. Ni bien esposaron al sujeto una bandada de recuerdos acudieron a mi memoria, como el día en que había aprendido a andar en bicicleta; mi primer beso, con mi propio brazo, a modo experimental; las luciérnagas, cómo brillaban en mi cuarto dentro de un frasco de mermelada. Después mi alma ascendió hacia las esferas, y creo que hasta hoy se entregan estampitas con mi cara.

Cañuelas, 2011.

LA BATALLA ENTRE EL TIEMPO Y EL ESPACIO

A los doce años Chabela había acampado en el bosque con su familia, y su recuerdo más vívido era que una señora no dejaba de hablarle de su marido fallecido cada vez que la encontraba sola. Era tan triste, pensaba ella, que no pudiera dejarlo ir. Y ahora era ella quien no podía dejar ir a nadie: ni a la cucaracha que pisaba en el momento de pisarla imaginando en ella conmociones, fibras de dolor achicharradas.

Su marido era taxista y le decían Tanque. No dejaba de hablar a los pasajeros de lo que fuera: generalmente del clima, de política, de fútbol y de la maldita inseguridad, de cómo había ido incrementando con los años. Esa charla era la favorita de las mujeres mayores.

"Acá jugaba yo de pibe", le mintió a una de ellas, señalando la cancha de Argentinos Juniors. Él había crecido en Perú.

Se cernía el negro del cielo como la tos. Un mundo se abría a cada momento; un bebé se cagaba encima por primera vez, una nueva

canción era compuesta por alguien con un instrumento robado, los porvenires se vertían hacia la tierra desde un cetro en un vórtice. “La paz sea con ustedes”, decía Tanque a cada pasajero que dejaba bajar.

Porque no dejaba bajar a todos. A los que le caían mal se los llevaba bien lejos, a un lugar de donde no pudieran volver nunca más. Ese lugar se llamaba, o era llamado por él, “Desierto”.

En Desierto el tiempo y el espacio, usualmente divergentes, convergían. Él podía ser quien quisiera ser dónde, cuándo y cómo quisiera. Ya había probado la experiencia de ser un físico cuántico de Oxford, por ejemplo. La señora pasajera dijo: “Milongas eran las de antes… ¿Cuándo empezó a cambiar esta ciudad? ¿Cuándo llegaron todos los peruanos?”.

Tanque enfiló para Desierto. Ese día sería un cantante famoso que bautizó como Ricardito. Inventó su biografía: cantante de tangos, ídolo de la generación de la vieja y anterior a la generación de su mujer, quien coleccionaría sus discos con devoción y lo miraría por YouTube abrazada a una almohada con la cual estimular su zona clitoriana.

Mientras fantaseaba con todo esto chocó con un camión de caudales. La vieja murió en el acto y él, con lo que le quedaba de vehículo, se apresuró a Desierto.

Cuando llegó todavía estaba Gloria, su pasajera anterior. Tenía granitos de arena en las puntas de los pies que en verdad eran células de piel convirtiéndose en arena, o mejor dicho, piedra desgastada. Gloria era la imposibilidad de una estatua.

"Fuiste la pasajera más insoportable", dijo Ricardito, y ella le sacó la lengua, rosa chicle contra el celeste eléctrico del empíreo.

A los pocos segundos Gloria se derrumbó: como la mujer de Lot al dejar Gomorra, cayó en forma de escombros tan finitos como la lluvia. Ricardito arrancó su auto como pudo y, una vez fuera de Desierto, volvió a ser Tanque.

Su mujer lloraba frente a la pantalla de la computadora. De la impresora 3D iba saliendo un bebé de piel dorada; solo entonces Tanque comprendió el placer y el dolor supremos que envuelven al ser de un verdadero padre.

Brandsen, 2015.

LA INDUSTRIA DE LOS JUICIOS

"Llamalo a Rosati, te va a ayudar con tu problema, es buen abogado."

El trapito le entregó la tarjeta y desapareció como absorbido por algún punto en el horizonte y el desvanecimiento fue tan rápido que el hombre no llegó a asir sus rasgos completamente. ¿Qué cara tenía? Bernardo se lo preguntó toda la tarde y, mientras trataba de recuperarla en su memoria, jugueteaba con la tarjeta. Pasaba su dedo por el borde y se preguntaba qué herida microscópica estaría generándose, a qué nivel microcelular estaría haciendo un holocausto ese pedacito de filo de papel cortado en alguna imprenta de mala muerte. Porque la tarjeta era, sin rodeos, fea.

Bernardo trabajaba en una hilandería de Quilmes Oeste. Cuando se cruzó con el trapito salía de una clínica especializada en medicina laboral, ya que hacía poco había descubierto que tenía una hernia y era muy probable que se debiera a las paupérrimas condiciones de la fábrica, donde pasaba muchas horas encorvado, pero quizás no.

En todo caso no era la culpa del trabajo sino culpa de él, de su mala costumbre de andar con la cabeza gacha. Le faltaba educación corporal y eso se lo decía todo el tiempo Mechi, su novia, que además era profesora de yoga. “Si cambiaras tu postura serías otra persona”, le decía siempre.

Guardó la tarjeta en su billetera y empezó a llevarla a todas partes. Pensó que así tendría una herramienta más para defenderse, que si su jefe lo molestaba podría escudarse con el papelito y decir “¡Guarda! ¡Tengo un abogado!”.

Una noche soñó con el trapito. Entonces el rostro se le apareció con todos los detalles: el arito en la nariz, la gorra de lana, las muñequeras, la barba tímida de pelusa. Otra vez le decía que llamara a Rosati, y él, que nunca desobedecía a los personajes de sus sueños, lo hizo inmediatamente. Eran las cuatro de la mañana.

“Yo sabía que me ibas a llamar”, dijo una voz rasposa.

“¿Quién sos?”

“Alfredo Rosati, abogado, y conmigo podés hacer muy buena plata.”

“¿Qué hacés despierto a esta hora?”

“Me quedo mirando documentales de la Guerra de Vietnam. ¿Vos?”

Él iba a mentir para no ser tan poco interesante, pero no se le ocurrió nada mejor y dijo la verdad.

“Me gusta madrugar. Tengo una mini-huerta en el balcón, y cultivo tomates cherry y albahaca. Me dedico a eso hasta las seis de la mañana, entre que escucho la radio y me preparo unos mates. Después arranco para el trabajo.”

“¿En qué trabajás?”

“Hilandería.”

“¿Sabés que ese es uno de los peores trabajos? Un cliente mío se lastimó en una hilandería pero feo, feo. Otro se atoró con un hilo hasta tal punto que se le hizo un nudo en la panza.”

“¿Un nudo en la panza?”

“¡Literalmente! Se le hizo un nudo con hilos de diferentes colores, y salió en la radiografía. Ganamos medio palo verde y ahora anda por el mundo contando su historia. Vos fijate qué querés hacer con tu hernia.”

“Pero pará, ¿cómo sabés que tengo una hernia? ¿Y por qué decís que sabías que yo te iba a llamar?”

“Me contó todo Lucero, el trapito.”

Con los veinte mil pesos que ganaron en el juicio –para él solo la mitad– compró un auto chiquito, de una rueda, que empezó a pasear por las calles de Quilmes. Le gustaba el equilibrio frágil que le brindaba el vehículo, ese vértigo, saber que si la pifiaba por un milímetro se desbarrancaba y chocaba o caía en medio del pavimento. Una vez le pasó por Camino Centenario.

"Pobrecito, venía en su autito de una ruedita", escuchó decir a una señora entrometida.

Entonces supo que tendría que subir de nivel. Ganó otro juicio laboral, esta vez por lumbalgia, y lo celebraron con Mechi armando una clase de yoga kundalini abierta a todos los vecinos.

"Creo que se me despertó el chakra", dijo una señora, en referencia a la serpiente que salía de su coxis, y todos rieron.

La risa no duró demasiado. La serpiente se agigantó, lamió a todos para ir probando a qué sabían y después se los tragó.

Brandsen, 2016.

LA SEÑORA DE LAS LÁGRIMAS

La historia de la cartografía es la historia de la supresión de los laberintos.
Raúl Ruiz, *Zig-Zag* (1980)

Brisa Juárez practicaba una técnica, hasta donde sabía inventada por ella misma, consistente en caminar por las calles de su ciudad sin objetivo fijo. Para ella era simplemente salir de la rutina, y cuando volvía a su casa la pesadumbre de siempre ya la había dejado para dar lugar a un ánimo nuevo.

Al final de sus aventuras urbanas volvía al monoambiente que compartía con su madre, quien atendía un local de ropa en la planta baja del edificio. La convivencia entre ambas era tan insípida como su relación: por otra parte, la seguidilla de novios que Ema le había presentado a su hija había cercenado esa confianza instintiva con la que suelen nacer las crías.

El verano convertía a las calles de Ramos Mejía en un infierno de asfalto, por lo que Brisa compensaba su sensación de encierro con vistas panorámicas del Google Street View. Una tarde no tan calurosa decidió salir.

"¿Adónde vas?", le dijo su madre al verla armar su mochila de siempre.

Ella dijo que no sabía y bajó a la vereda casi corriendo. Caminó hacia la parada para tomar el primer colectivo que llegara y fue observando, con pasión voyeurista, cómo el paisaje se transformaba una vez que entraban a Capital.

Bajó en Primera Junta y se metió en el subte. En Plaza Miserere subió una mujer de pelo oxigenado y ropa ajustada que hablaba por celular. "Es que no entendés, tía, no soy como ustedes... Me siento incomprendida", decía. "Soy artista, me gusta cantar, doy la vida por Gardel. Además, ¿saben qué? Nunca hubiera votado al que votaron ustedes."

Ambas bajaron en Lima pero la falsa rubia combinó con la Línea C. Ella, por su parte, salió a Avenida de Mayo y sintió una puntada en el pecho que le resultó extraña. Un hombre se le acercó con unos folletos y un discurso armado: "¿Buscás el mejor precio para almorzar? Vení con nosotros…"

“No hablo español”, se defendió ella.

Caminó por la avenida hasta Plaza de Mayo, se sentó en un banquito cerca de las palomas y abrió el libro que llevaba en la mochila pero la puntada en el pecho volvió y se confundió, de manera inexplicable, con las bocinas de los autos y con las batucadas de los manifestantes.

Cerró el libro, asustada, y por un breve segundo pensó en parar un taxi que la llevara hasta su casa pero no lo hizo, no tenía tanta plata. Se metió, en cambio, en la Catedral de Buenos Aires. Se sentó a su lado una chica de ojos calmos y pollera larga con más aspecto de *new age* que de católica.

“Disculpame.”

“¿Sí?”

“Me siento mal.”

“¿Querés un caramelo?”

“No, no sé qué es…”

“Dame la mano”, dijo la mujer, y ella obedeció. “¿Dónde vivís?”

“Lejos, en Ramos. Siento que estoy atrapada en mi cuerpo.”

La extraña le ofreció acompañarla a tomar el colectivo o el tren, lo cual la sosegó.

“¿A qué te dedicás?”, le preguntó ella mientras que viajaban a Once en el subte.

“Hago reiki. Acá tenés mi tarjeta, por si te interesa.”

Luz Ojeda, Reikista Profesional. Allí figuraban un correo electrónico y un número de teléfono.

“¿Y qué hacías en la catedral?”, preguntó Brisa.

“Soy una buscadora, a veces hablo con las grandes religiones.”

“¿Y si hay algo mal en mi cerebro?”

“Los ataques de pánico son heridas astrales”, afirmó Luz Ojeda. “Se sanan si hacés foco en la raíz. Mientras tanto buscá verde, naturaleza, y acordate de que la respuesta está nada más que adentro.”

“Es que se siente todo irreal”, dijo ella, y lloró. La reikista le volvió a dar la mano.

“Es irreal, pero es real también.”

No había nadie en su casa. Entró directamente a su cuarto y buscó información sobre sus síntomas: todo apuntaba, efectivamente, a un trastorno de pánico con agorafobia. También buscó a la reikista en todas las redes y comprobó que existía; entonces le mandó un mail para avisarle que había llegado bien. Al otro día despertó con la misma sensación extraña, como si su pecho hubiera cambiado de lugar definitivamente.

A medida que pasaron los días su mundo se fue achicando. Los recorridos exploratorios le empezaron a resultar aterradores, y solo lograba ir al instituto terciario donde estudiaba historia, pero algunos días llegaba a la puerta y se sentía tan mal que paraba un taxi y volvía a su casa nuevamente. Su madre, por supuesto, le reclamaba el gasto innecesario. Llegó el día en que solo con atravesar el umbral de la puerta de su edificio temblaba y entonces decidió no volver a salir.

Pasó los próximos meses mirando películas, comiendo y durmiendo con breves intervalos masturbatorios patrocinados por "Asylum", su página porno favorita, cuya especialidad era el sadomasoquismo con pacientes psiquiátricos. Una chica en camisa de fuerza, por ejemplo, lloraba mientras que un médico le golpeaba el culo desde todos los ángulos posibles. Era frustrante, sin embargo, llegar al orgasmo y llorar pensando en todo lo que se estaba perdiendo, en que su cerebro por algún misterioso motivo la estaba privando de vivir como quien siempre había sido. Ahora su nombre, Brisa, que antes le remitía a la libertad, le remitía a una falta de sustancia, a que era tan solo un vientito que podría fácilmente confundirse con la nada.

Una mañana abrió los ojos y vio la cara de su madre, quien le propuso salir a caminar juntas, pero ella se negó y siguió soñando con imágenes borrosas de su abuela paterna, esa violenta mujer de campo, insultando a Ema por su falta de habilidades culinarias y a Ema bajando la cabeza y prometiendo ser mejor. ¿Cómo habían sobrevivido a todo eso? Cuando despertó de ese sopor abrió, como lo hacía unas veinte veces por día, su casilla de mail: no había señales de la reikista, a quien no dejaba de reportar diariamente sobre cómo se estaba sintiendo. Quizás se hubiera obsesionado con ella, como siempre con todo aquel que le prestara un poco de atención, y quizás nunca fuera a ser recíproco.

Se obligó a caminar hasta la estación, a pocas cuadras de su casa, para ver pasar los trenes. Su corazón palpitaba con la fuerza de una urgencia, pero de repente vio una cara conocida: era la mujer oxigenada e incomprendida del subte. ¿Sería posible que fueran vecinas? La coincidencia era tan extraña que casi confirmó su teoría sobre lo ilusorio del mundo material.

A la desconocida se la veía triste, como llorando o a punto de llorar, y apretaba una bolsa de consorcio abultada contra su pecho.

“¿Estás bien?”, le dijo.

“Acá tengo las cositas de mi hijo.”

“¿Qué le pasó?”

“Se lo llevó el padre. Dice que estoy loca porque me gusta cantar. Es que soy artista, ¿me entendés?”

De la bolsa de consorcio brotaban libros de catequesis. Uno de esos se llamaba *Nuestra Señora de las Lágrimas*.

“¿Cómo te llamás?”

“Mariana.”

“Cantame algo, Mariana.”

La desconocida entonó una canción de Los Manseros Santiagueños, esa que dice “despierta ya mujer/así yo puedo ver/la mirada de tu alma/tan profunda”.

Ella se emocionó con su voz y la siguió hasta que llegaron a la sombra de un sauce que las envolvió como una cúpula. Ahí Mariana rozó su mejilla con la punta de la lengua y la precisión de un cirujano marcando el norte, el sur, el este y el oeste.

Brandsen, 2017

Índice

Tetronomikon / *4*
Géminis / *8*
Haz / *12*
Azotes sintéticos / *17*
La batalla entre el tiempo y el espacio / *19*
La industria de los juicios / *22*
La señora de las lágrimas / *26*

MICHELLE CELESTE SUÁREZ nació el 13 de abril de 1997 en Cañuelas, hija de un domador de caballos y una enfermera. Actualmente vive en Brandsen con su madre y sus hermanas, atiende el almacén de sus abuelos y estudia el profesorado de inglés. Este es su primer libro y está compuesto de los cuentos adolescentes que no arrojó a la papelera de reciclaje.

Esta primera edición de
La señora de las lágrimas
de Michelle Suárez se terminó de diseñar
y maquetar en noviembre de 2019
en la Ciudad de La Plata.
Para su composición se utilizaron las tipografías
Algerian y Georgia.

© Reina Pagana
La Plata / Buenos Aires / Argentina
agustinagtq@gmail.com
reinapagana.simplesite.com